

III.

«Ya la notoriedad es el mas noble atributo del vicio, y nuestras Julias mas que ser malas, quieren parecerlo.»

Jovellanos.

Dicho se está lo importante á par que difícil del acierto en la educacion de una muger. Hemos visto en el ejemplo anterior las consecuencias de la excesiva suspicacia paterna y de la opresion conyugal; pero antes de decidirnos por el opuesto término, bueno será fijar la vista en sus naturales inconvenientes. Y las siguientes líneas van á ofrecernos una prueba mas, de que asi es de temer en la muger el estremado rigor y la absoluta ignorancia, como la falsa ilustracion y una completa libertad.

Hemos dejado á Margarita en aquel momento en que colocada por su matrimonio en una situacion nueva, podia tomar su rumbo propio, y reducir á la práctica el resultado de su educacion y sus principios.

Poco queda que adivinar cuáles serian estos si traemos á la memoria el ejemplo de la mamá, y las apasionadas ecsageraciones que no podria menos de escuchar de su boca, contra la rígida severidad de sus padres y de su esposo. Añádase á

esto el continuo roce con lo mas disipado y bullicioso de la sociedad, las conversaciones halagüeñas de los amantes, las pérfidas confianzas de las amigas, y la indiscreta lectura de todo género de libros; porque ya por entonces las jóvenes á vuelta de las *Veladas de la Quinta* y la *Pamela de Andrews*, solian leer la *Presidenta de Turbel*, la *Julia* de Rousseau.

Por fortuna el carácter de Margarita era naturalmente inclinado á lo bueno, y ni las lecturas, ni el ejemplo, pudiera llegar á corromper su corazon hasta el extremo que era de temer; sin embargo, la adulacion continuada hubo de imprimirla cierto sentimiento de superioridad y de orgullo, que veía celebrado con el título de "amable coquetería;" la irreflecion propia de su edad y de sus escasos conocimientos pudo á veces ofuscarla contra su verdadero interes; y esta misma veleidad y esta misma irreflecion fueron las que la guiaron, cuando desdeñando otros partidos mas convenientes, dió la preferencia al jóven que al fin llegó á llamarla su esposa.

Era este, á decir verdad, lo que se llama en el mundo una conquista brillante, muy á propósito para lisonjear el amor propio de Margarita. Jóven, buen mozo, alegre, disipador, sombra fatal de todos los maridos, grata ilusion de todas las mugeres, cierto, que ni por su escasa fortuna, ni por sus ningunos estudios, ni por su carácter inconstante y altivo, parecia llamado á con-

quistar entre los demas hombres una elevada posicion social, y que hubiera representado un papel nada airoso en un tribunal ó en una academia; pero en cambio, ¿quién podia disputarle la ventaja en un estrado de damas, siendo el objeto de su admiracion, ó cabalgando á la portezuela de un coche sobre un soberbio alazan? Estas circunstancias, unidas á su buen decir, sus estudiados transportes, y su tierna solicitud, fueron mas que suficientes para dominar un corazon infantil, y alejar de él toda idea de calculada reflexion.

Pudo, en fin, Margarita ostentar sujeto al carro de su triunfo aquel bello adalid, objeto de la envidia de sus zelosas compañeras; pudo al fin pasear el Prado colgada de su brazo, llamarse por su apellido, y darle de paso á conocer á él mismo la superioridad á que le habia elevado, y el respeto y el amor que le ecsigia en justa retribucion.

Las primeras semanas no tuvo por cierto motivo alguno de queja de parte su esposo; antes bien calculando por ellas, no podia menos de prometerse una ecsistencia de contentos y de paz. Siguiendo en un todo las máximas de la moda, ella era la que recibia las visitas, ella la que ofrecia la casa, ella la que reñia á los criados, ella la que disponia los bailes, ella la que presentaba al esposo á la concurrencia, ella, en fin, la que dominaba en aquella voluntad en otro tiempo tan altiva.

Entre tanto la suya se conservaba perfectamente libre, sin que ninguna observacion, ni la mas mínima queja, vinieran á turbar aquella aparente felicidad. Margarita (en uso de los derechos que nuestra moderna sociedad concede tan oportunamente á una muger casada) pudo desde el siguiente dia de su matrimonio entrar y salir cuando la acomodaba, recorrer las calles sin compañía, visitar las tiendas, pasear con las amigas á larga distancia del marido; pudo conversar con todo el mundo con mayor familiaridad y descoco, y dar á sus discursos cierto colorido mas expresivo y malicioso; ningun capricho de la moda, ninguna estravagancia del lujo estaban ya vedadas á la que podia titularse señora de su casa; y cuando á vuelta de pocas semanas advirtió, ó creyó advertir, los primeros síntomas de su futura maternidad... ¡oh! entonces ya no hubo género de impertinencia que no estuviese en el orden, capricho alguno que no se convirtiese en necesidad.

Llegó, en fin, despues de nueve meses de sustos y sinsabores, el suspirado momento del parto... ¡Santo Dios! todo el colegio de san Carlos era poco para semejante lance... pero en fin, la naturaleza, que sabe mas que cien doctores, no quiso que estos se llevasen la gloria de aquel triunfo, y antes que ellos acudiesen á estorbarla, salió á luz un primoroso pimpollo de muchacho, que fue recibido con sendas aclamaciones de toda la familia; y reconocido y bien manoseado por

una vecina vieja, se vió saludado por ella con aquel apóstrofe de costumbre: "clavadito al padre, bendígale Dios."

Al siguiente dia se celebró el bateo con toda solemnidad, y ya de antemano habian mediado acaloradas disputas sobre el nombre que le pondrian al muchacho; volviéronse á renovar aquella noche, y toda ella la pasaron el papá y la mamá haciendo calendarios, pues que el comun ya no sirve sino para gentes añejas de suyo, retrógradas y sin pizca de ilustracion. Bien hubiera querido el papá, á quien alguna cosa se le alcanzaba de historia, haber impuesto al jóven infante algun nombre sonoro y de esperanzas, como Escipion ó Epaminondas; mas por qué tanto la mamá aborrecia de muerte á griegos y romanos, y estaba mas bien por los Ernestos y los Maclovias, y otros nombres asi, cantábiles, mantecosos, y que naturalmente llevan consigo mayor sentimentalismo é idealidad. Y como en casos semejantes la influencia femenil raya en su mayor altura, no hay necesidad de decir mas, sino que Margarita consiguió su deseo, y que el chico fue inaugurado en el fantástico nombre de *Arturo*.

El amor maternal es un sentimiento tan grato de la naturaleza que cuesta mucho trabajo á la sociedad el contrariarle; asi que nuestra jóven mamá en los primeros momentos de su entusiasmo, casi estuvo determinada á criar por sí misma á su hijo, y como que sentia una nueva eccis-

tencia al aplicarle á su seno y comunicarle su propio vivir; pero la moda, esta deidad altiva, que no sufre contradicción alguna de parte de sus adoradores, acechaba el combate interior de aquella alma agitada, y apareciendo repentinamente sobre el lecho, mostró á su esclava la seductora faz, y con voz fuerte y apasionada —“ ¿qué vas á hacer (la dijo), jóven deidad, á quien yo me complazco en presentar por modelo á mis numerosos adoradores? ¿vas á renunciar á tu libre ecsistencia, vas á trocar tus galas y tus tocados, tus fiestas y diversiones, por esa ocupacion material y mecánica, que ofuscando tu esplendor presente, compromete tambien las esperanzas de tu porvenir? ¿Ignoras los sinsabores y privaciones que te aguardan, ignoras el ridículo que la sociedad te promete, ignoras, en fin, que tu propio esposo acaso no sabrá conciliar con tu esplendor ese que tú llamas imperioso deber, y acaso viendo marchitarse tus gracias...?”

“No digas mas,” prorumpió agitada Margarita, no digas mas; — y la voz de la naturaleza se ahogó en su pecho, y el eco de la moda resonó en los mas recónditos secretos de su corazón. Impulsada por este movimiento, tira del cordón de la campanilla, llama á su esposo, el cual sonrie á la propuesta, y conferencia con ella sobre la eleccion de madre para su hijo. Cien groseras aldeanas del valle de Pas vienen á ofrecerse para este objeto; el facultativo elige la mas sana y ro-

busta; pero la mamá no sirve á medias á la moda, y escoge la mas linda y esbelta; al momento truécense su grosero zagalejo en ricos manteos de alepin y terciopelo con franja de oro; su escaso alimento, en mil refinados caprichos y voluntariosos antojos, y cargada con la dulce esperanza de una elegante familia, puede pasearla libremente por calles y paseos, y retozar con sus paisanos en la Vírgen del Puerto, y disputar con sus compañeras en la plazuela de Santa Cruz.

De esta manera pudo ser madre Margarita, y multiplicar en pocos años su descendencia, llenando la casa de *Carolinas* y *Rugeros*, *Amalteas* y *Pharamundos*, con otros nombres asi desenterados de la edad media, que daban á la familia todo el colorido de una leyenda del siglo XIII. Y hasta en esto se parecia la casa á los dramas modernos, en que no habia unidad de accion, porque el papá, la mamá y los niños formaban cada uno la suya aparte, tan independiente y sin relacion, que sería de todo punto imposible el seguir simultáneamente su marcha.

Porque si nos empeñásemos en seguir al papá, le veríamos ya desdeñando la compañía de su esposa como cosa plebeya y anticuada, abandonar dia y noche su casa, correr con otros calaveras los bailes y tertulias, sostener la mesa del juego, proseguir sus conquistas, entablar y dirigir partidas de caza y viajes al extranjero, y afectar con su esposa una elegante cortesanía, entrar á visi-

tarla de ceremonia, y rara vez, ó saludarla cortesmente en el paseo, ó subir á su palco en el entreacto de la ópera.

La esposa por su lado nos ofreciera un espectáculo no menos digno de observar; ocupada gran parte de la mañana en debatir con la modista sobre la forma de las mangas ó el color del sombrero, entregada despues en manos de su peluquero mientras hojeaba con interes el *Courrier des Salons* ó el último cuento filosófico de Balzac, el resto del dia empleaba en recibir las visitas de aparato, en murmurar con las amigas de las otras amigas, en escuchar los amorosos suspiros de los apasionados, y aunque riendo de ellos en el fondo de su corazon, ostentarlos á su lado en el paseo, en la tertulia, en el teatro, y vivir, en fin, únicamente para el mundo exterior, representando no sin trabajo el difícil papel de dama á la moda.

Fina y delicada es la observacion que nuestro buen Jovellanos consignó en el bellissimo terceto que arriba queda citado: la moda y los preceptos del gran mundo obligan á muchas mugeres á aparentar lo que no son, al paso que el orgullo y el amor á la independenciam suelen á veces ser los escudos de la virtud, si es que sea virtud aquella tan disfrazada que procura ocultarse á los ojos del mundo, y fingir abiertamente un contrario sistema. Grande error es en la muger no tomar en cuenta las apariencias, pues las mas veces suele juzgarse por estas, y como no todos leen en el

interior de su corazón, no todos llegan á distinguir la realidad de la ilusión, la consecuencia del vicio, de la que solo es nacida del imperio de la moda. Y aunque se me moteje de la manía de citar dichos ajenos, no quiero dejar de hacerlo aquí con unos bellísimos versos de Tirso de Molina que espresan este pensamiento.

“La muger en opinion
mucho mas pierde que gana,
pues son como la campana,
que se estiman por el son.”

Margarita tenia, como queda dicho, un corazón excelente, amaba á su marido y á su hijos, y mas de una vez hubiera deseado disfrutar con ellos de aquella paz doméstica, única verdadera en este mundo engañoso; pero el ejemplo de su esposo por un lado, la adulacion por otro, triunfaban casi siempre de aquellos sentimientos, y á pesar suyo veíase arrastrada en un torbellino de difícil salida.

Para conservar lo que ella llamaba su independencia, y que mas pudiéramos apellidar vasallaje de la moda, habia apartado de su lado á los dos únicos niños que la quedaban, Arturo y Carolina, colocándolos en elegantes colegios, donde pudiesen aprender lo que ahora se enseña. De esta manera se privó voluntariamente de los puros placeres de la maternidad, y sus propios hijos,

cuando por acaso solian verla la miraban con la estrañeza y cumplido que era consiguiente.

No paró aqui su desconsuelo; el esposo, que hasta alli habia dado libre rienda á sus caprichos sin fijarse en ninguno, llegó á apasionarse verdaderamente de otra muger, y á hacer sentir á la propia toda la inconveniencia de su ecistir. Margarita, por el extremo contrario, ó sea que la edad fuese desenvolviendo en ella sus inclinaciones racionales, ó fuese el sentimiento natural de verse suplantada por otro amor, vió renovarse en su corazon el que le inspiraba su esposo. Este por su parte, para librarse de sus importunidades la echó en cara su disipacion y ligereza anterior, el abandono de sus hijos, las injurias que la edad y la tristeza imprimieran en su semblante, y en fin, no pudiéndose resignar á esta continúa reconvenccion, huyó del lado de su esposa dejándola abandonada á su desesperacion y á sus remordimientos.

Quedóla, pues, por único consuelo el cariño de sus hijos; pero estos apenas la conocian ni la debian nada, y por consecuencia no la tenian amor. Por otro lado, educados con aquella independencia y descuido, era ya difícil variar sus primeras inclinaciones, darles á conocer mas sólidas ideas. Arturo era ya un muchacho fátuo y presumido, charlatan y pendenciero, que saludaba en francés, cantaba en italiano, y escribia á la inglesa; que llamaba de tú á su mamá, y terciaba en todas las conversaciones; que huía de los mu-

chachos, y los hombres huían de él; que retozaba con las criadas, y alborotaba en los cafés, y bailaba en Apolo, y fumaba en el Prado, y en todas partes era temido por su insoportable fatuidad. Carolina era una niña prematura, apasionada y tierna por extremo, que lloraba sin saber por qué, y se miraba al espejo, y dormía los ojos, y hablaba con él, y chillaba al ver un raton, y aplaudía en los dramas la escena del veneno, y se enamoraba de las estampas de los libros, y se ponía colorada cuando la hablaban de muñecas y bordados, y cantaba con espresion el *tenero ogetto* y el *morir per te*.

Margarita vió entonces de lleno todo el horror de su situacion, y tembló por ella misma y por sus hijos. Vió en Arturo una fiel continuacion de la imprudencia de su esposo; vió en Carolina un espejo fiel de su propia imprudencia; se vió ella misma víctima del ejemplo de su madre, modelo que dejaba á sus hijos; y no pudiendo resistir á esta terrible idea, sucumbió de allí á poco, dejándolos abandonados en el mar proceloso de la vida.

La sociedad empero recogió su herencia, la inspiró sus ideas, la comunicó sus ilusiones, y como habia modelado á la abuela y á la madre, modeló tambien á los nietos, y estos servirán de fiel continuacion de aquel drama, y, no hay que dudar, lo que fue *antes*, y lo que es *ahora*, eso mismo será *despues*.

Escenas de buardilla.



I.

«..... á tus tiernas palomillas
el vuelo peligroso las rehuses;
Que andan muchos azores por asillas
de cuyas uñas penden los despojos
de otras aves incautas y sencillas.»

Bartolomé de Argensola.

Dios sea en esta casa. — Y en la de usted, buena madre; santas noches, ¿qué se ofrece? — Nada, hijo, sino venir en cuerpo y en ánima á ponerme al su mandar, como vecinos que somos, y amigos que, Dios mediante, tenemos que ser. — Por muchos años, y ya veo que si no me engaña el corazón estoy hablando con la señora Claudia, la que viene á habitar la buardilla núm. 7. — Doña Claudia me llamaron en el siglo, y esa misma soy, en buena hora lo cuente; pero tal me verás que no me conocerás, y yo misma me tiento y no me encuentro; ¡cosas del mundo! hoy por tí, mañana por mí; y como dijo el otro, abájense los adarves y álzanse los muladares; que hoy día nadie

puede decir de esta agua no beberé; y mientras la viuda llora bailan otros en la boda. No digo todo esto por mal decir, que de menos nos hizo Dios, y viva la gallina y aunque sea con su piqueta; sino esplícolo para dar á conocer á vuesa merced, señor vecino, que aqui donde me ve con estos trapos, yo tambien fuí persona, y no como quiera, sino como suele decirse empingorotada y de capuz; pero vive cien años y verás desengaños, y tras el dia viene la noche, que lo que Dios da llevárselo ha, y el caballo de regalo suele parar en rocin de molinero.

Pero dejando esto á un lado, y viniendo á lo que importa, ¿qué tal va la parroquia en la tienda nueva? ¡Válgame Dios, y qué aseada y qué provista está de cuanto el Señor crió...! Tal me vea yo á la hora de mi muerte... ¿es rosoli ó aniseta...? gracias por el favor; ¡bien haya la Mancha, que da vino en vez de agua...! á la salud de ustedes, caballeros... ¡fuego de Dios y qué calorcillo tiene el espritu...! ¡y qué bien le parecen al lado esos mantecadillos que estan diciendo "comedme..." ¡ah! sino estuviera una tan atrasada en esto que ahora llaman el porsupuesto, en Dios y en mi ánima que no habia de pedir ayuda para dar buena cuenta de ellos... apostaríá que son obra de aquellas manecitas que con tanto salero hacen ahora saltar á la aguja... gracias, hija mia, por el favor... bien se la conoce que es hija de tal padre... ¡bendígala Dios, y qué hermosa es y qué gar-

rida! ya me temo yo que han de llorar su venida todos los mozos del barrio. —

Gracias, madre Claudia. — Bien haceis, hija, en dar las gracias, que para eso las teneis, y aun para quedaros despues con ellas; ¡ay! quién me tornára á mí de ese talle y esa frescura, y no me robára la esperiencia de mundo, que por el alma de mi padre que otro gallo me habia de cantar, y no me vería ahora en medio del arroyo, como quien dice; pero asi somos todas; mientras nos reluce el pellejo poco consejo, y luego que vienen los años llorar por los que son idos... ¡Cuánto mas valiera mascar mientras nos ayudan los dientes, y... ¿no es verdad, hija mia...? ¿qué, no me entiendes? ¡picarueta! ¿pues á qué vienen esas colores que se te han asomado al rostro? Pero ¡pecadora de mí! ya veo que no conviene distraerte de tu labor, pues que te has picado con la aguja, y... ¡válgame Dios...! ¡qué no diera alguno que yo me sé bien por atajar con sus labios esa gota de coral...! —

¿Alguno, madre? — Alguno digo, y no hay que hacerse la desentendida, sino ponerle el nombre que mejor le cuadre... pero bajemos la voz, que ya señor padre ha acabado de servir á los parroquianos y se viene derechito hácia nosotras; por fin, hija mia, mas dias hay que longanizas, y cuando querais noticias de la tierra, sabed que allá cerca del cielo hay una vieja que os quiere bien. Y hora me voy, señor vecino, que ya ha

acabado de ser noche, y la vieja honrada su puerta cerrada, y cada uno en su casa y Dios en la de todos. A fé que ya me he de ver y de desear para subir la escalera, y á no ser por un cuarto roñoso de Segovia que traigo aqui para trocarlo por un palmo de cerilla... ¿Tambien ese favor? muy obligada me voy, señor vecino; á bien que Dios es mayordomo de los pobres, y él se lo pagará con su tanto por ciento... Y pues ya me siento alumbrada por esas manos caritativas, iremos paso á paso caminando á mi chiscon, donde me espera el huso con deseos de bailar, y mi amigo Micifuz durmiendo al amor de la lumbre, sino es que se haya salido á los tejados en busca de las vecinas, salidas tambien como él; que amor con amor se paga, niña mia, y cuando nace él nace ella, y sino fuera por esto, ¿para qué estamos acá abajo los unos y las otras...? Con que buenas noches, vecino; y cuidado, niña, que no hay que olvidar á quien bien nos quiere, y que cuando quieras tomarte el trabajo de llegar al último tramo de la escalera, sabrás alli muchas cosas y habilidades, asi de punto y aguja como de cazo y sarten, que, gracias á Dios y á mis años, asi me da el naipe para aderezar un guisado, como para coser un zurcido... Con que, á Dios. —

La buena vieja, dicho esto, salió por la puerta de la tienda que daba al portal, y despues de persignada, y sosteniendo con la diestra mano la vacilante cerilla, colocada la siniestra entre ella y

su rostro para evitar la ofuscacion de sus resplandores, subió pausadamente los noventa y siete escalones que se contaban hasta su chirivivil, haciendo descanso en todas las mesetas ó tramos de los diversos pisos. Y llegada que fue arriba, sacó de su faltriquera la llave, y con temblona direccion la encajó en la cerradura; reunió todas sus fuerzas para dar las vueltas, y la puerta se abrió, mas desgraciadamente con un impulso muy superior á la resistencia de la cerilla, la cual negó en aquel momento sus reflejos, quiero decir, que se apagó; y la vieja que entraba, y el gato que se esperezaba sobre el fogon, se quedaron á buenas noches.

II.

Algunos dias eran pasados, y ya la buena madre sabia por puntos y comas las condiciones y semblanzas de todos sus convecinos, y mas especialmente de aquella parte de la tripulacion de la casa, que, á hablar con propiedad, cobijaba bajo un mismo techo. Este quinto estado de aquel mecánico artificio no distaba, como hemos visto, mas que unos cien palmos de la superficie de la calle, y por lo tanto tocaba ya en la region de las nubes, con lo cual no habrá de estrañarse si tal cual tormenta solia de vez en cuando alterar la uniformidad de aquella atmósfera. Semejantes tor-

mentas, de que apenas tenemos noticia los habitantes del centro, son harto frecuentes en las alturas; sino que nuestra pequeña microscópica no sabe distinguir las, ó bien afectamos desdeñarlas por el ningun interes que nos inspiran; pero no han faltado por eso arriesgados aereonautas que ascendieron de intento á estudiarlas; y de uno de estos, que logró bajar, aunque con una pierna menos, es de quien hube yo en confianza las noticias y observaciones que de suso y de yuso son y serán esplicadas.

Dividíase, pues, el elevado recinto que queda señalado, en un doble callejon á diestra y siniestra mano, que prestaba paso y comunicacion á ocho ó diez celdillas ó habitaciones, tan cómodas como cepo veneciano, y tan anchurosas como nichos de cementerio. En ellas, mediante sendos treinta reales nominales de alquiler mensual, habian hallado medio de colocarse otros tantos grupos de figuras, reducidas á tal extremo, cuáles por las desdichas pasadas, cuáles por las miserias presentes.

Sabia, por ejemplo, la madre Claudia que en la primera buardilla de la derecha, conforme vamos, vivia un pobre empleado, entrado en nueve meses, reloj descompuesto apuntando á marzo, y con cuatro chiquillos por pesas, que tiraban hácia la prócsima Navidad. Sabia que en la de mas allá ecsistia una honrada viuda, fuera de cuenta, clamando en vano por los dividendos del Monte

pio, y sustentada escasamente por el trabajo de tres hijas doncellas, que todo el mundo sabe lo poco que en estos tiempos vale una honrada doncella. Mas allá cobijaba con dificultad un matrimonio jóven, zapatero y ribeteadora; él mozo garrido, de chaquetilla redonda y sortija en el corbatín; ella airosa y esbelta estampa, de zagalejo corto y mantilla de tira. En el agujero del rincón que formaba el ángulo de la casa, había entablado su laboratorio un químico de portal, gran confeccionador de agua de colonia y rosa de Turquía, y bálsamo de la Meca, y aceite de Macasar; vendía además corbatines y almohadillas, fósforos y pajuelas, cajetillas y otros menesteres, para lo cual mantenía relaciones con todos los mozos de los cafés, y cuando esto no bastaba, corría con los empeños de alhajas, y negociaba por cuenta de algún anónimo cartas de pago y billetes del tesoro, ó bien acomodaba sirvientes ó limpiaba botas en el portal. Él, en fin, era un verdadero tipo de la industria fabricante y mercantil; y tan pronto se traducía en francés, como se trocaba en italiano, y ora se adornaba con un levitín blanco y una enorme corbata como *il Dottore Dulcamara*, ora corría las calles con sombrerito de calaña y agraciado marsellés.

Frontero de la habitación del químico había dado fondo una física criatura, que sin más preparaciones que sus gracias naturales era capaz de volatilizar la cabeza mas bien templada. Valencia,

el jardín de España, habia sido la cuna de este pimpollo, y con decir esto no hay necesidad de añadir si sería linda, pues es bien sabido que en aquel delicioso pais es mas difícil encontrar una fea que en otros tropezar con una hermosa. El contar las aventuras por donde ésta habia venido desde las riberas del Turia á las del Manzanares, y á las sombrías tejas de Madrid desde los pajizos techos del Cabañal, fuera asunto para mas espacio; baste decir que vino ella, ó que la trageron, y que la abandonaron, ó que se abandonó; en términos que en el dia era tan romanescamente libre como la bella *Esmeralda* de Victor Hugo, aunque si va á decir la verdad, algo mas positiva que ella; efectos todos del siglo prosáico que vivimos, en el cual no se matan los hombres por las muchachas de la calle, ni se contentan estas con bailar y tocar el pandero.

Pared por medio de la valenciana vivia un viejo adusto y regañon, escribiente memorialista á dos reales el pliego, que por el dia detras de su biombo en un portal, escuchaba las relaciones de los pretendientes, y les ensartaba memoriales, y seguia la correspondencia de media Asturias, y recibia las confesiones de todas las mozas del barrio; y sucedióle á veces, como veía poco, á pesar de los anteojos, trocar los frenos, quiero decir, los papeles, y asentar una declaracion de amor en un pliego del sello cuarto, ó pretender un estanquillo en una orla de corazones y Cupidos. Con lo

cual, y otras desazones que le proporcionaba su oficio, traía la cabeza tan llena de embolismos y de vilis, que siempre venia á casa regañando, y como solteron y que no tenia muger con quien pegarla, la solia pegar con toda la vecindad.

Ultimamente, en el ángulo opuesto, y para que nada faltase á este risueño drama, tenia su mansion un hombre de presa (alguacil, que suele decir el vulgo), el cual cuando creía que nadie le miraba, solia hacer sus escursiones por el tejado á correr con los gatos, por inclinacion y natural simpatía. Hombre de rostro enjuto y sospechoso, cuerpo sutil y mal configurado, manos negras como su ropilla, nariz torcida como la intencion, antípoda del agua como un hidrófobo, amante del vino como el mosquito, vara enroscada como sus palabras, oido listo á las promesas y cerrado á las plegarias, multiplicado á veces como edicion estereotípica, y tan invisible é impalpable otras, que no pocas llegaron á dudar los vecinos si subia por la escalera ó por el cañon de la chimenea.

Con tan opuestos elementos, combinados ingeniosamente por la casualidad, déjase conocer si podria estar ociosa la imaginacion de nuestra Claudia, ó si mas bien llegaria en breves dias á ser como si dijéramos el centro de aquel sistema, planeta fijo que girando únicamente sobre sí mismo, obligára á los demas á girar dentro de la órbita que les señaló en su derredor.

III.

La primera atencion de la vieja se convirtió naturalmente hácia la valencianita, que como la mas sola é indefensa oponia menos obstáculo á sus ataques... — ¿Es posible, hija mia, que tan jóven y hermosa como plugo hacerte al Señor, gustes enterrarte viva en ese zaquizami, sin buscar un apoyo en este pícaro mundo que te defienda de sus recios temporales, y haga sacar de tus gracias el partido que merecen? En buen hora sea, si el mundo te lo agradeciese y tomara en cuenta; ¿pero quién será el que te crea bajo tu palabra y que no sospeche de ese tu recato alguna mengua de tu virtud? Mira que la hermosura es flor delicada que todos codician, y no puede permanecer oculta y entregada á sí misma; antes bien conviene esponerla con precauciones entre guardas y cercados, que no es ella nacida para crecer como el cardo en medio de los campos, sino para ostentar su elevacion como el jazmin en finos búcaros y en cerradas estufas. Mira que la inocencia busca naturalmente su apoyo en la esperiencia, la debilidad en la fortaleza, la tierna edad en el consejo de la vejez. La yedra puede sostenerse si se abraza al olmo erguido, y el débil infante caeria indudablemente al primer paso, sino hubiera una mano amiga que cuidase de sostener-

le. Mal estás así, hija mía, tierna y hermosa, sin olmo que te defienda, sin mano que cuide de tu sosten. Yo seré, si gustas, ese arrimo protector, ese escudo de tu niñez; y así como la barquilla sabe burlar las furiosas tormentas, confiando su timon á un habil marinero, así tú en mis manos experimentadas podrás atravesar sin pena este pié-lago del mundo, y reirte de los furores de los vientos desencadenados contra tí. —

Yo no sé si fue precisamente en estos términos ú otros semejantes como habló la vieja, ni acierto á decir si ella era tan fuerte en esto de las comparaciones para dar robustez y persuasiva á su discurso; pero lo que sí podré decir es que debió revestirle con argumentos irresistibles, cuando á los pocos dias consiguió su objeto, y atrajo á su red la incauta mariposa, formando con ella una sociedad mercantil, bajo la razon de *Amor, Venus y Compañía*; sociedad en que una ponía la prudencia y otra la presencia; una el capital industrial y otra el positivo; á partir por supuesto el beneficio que de ambos habia de resultar.

Desde entonces la buardilla de madre Claudia no se veía ya tan solitaria como de costumbre; antes bien se entabló entre ella y la calle una regular y periódica comunicacion; y no era nada extraño oirse en el interior algunos sonidos de voz varonil, ó encontrarse en la escalera tal cual embozado hasta los ojos que bajaba con la debida precaucion.

La niña por su parte es de suponer que seguía en un todo los consejos de su madre adoptiva, la cual sin duda la recomendaba la mayor amabilidad y cortesanía con todo el mundo; pero en una sola cosa hubo de oponer una resistencia fatal, resistencia que pudo desde sus principios comprometer aquella naciente sociedad; tal fue la obstinacion con que se negó á admitir los obsequios de su vecino el alguacil, que puesto que recortado de uñas y atusado de greñas, todavía conservaba en su aspecto un no sé qué de siniestro y repugnante, que no pudo neutralizar la natural aversion de la criatura, la cual temblaba de pies á cabeza, y huía á esconderse cada vez que le miraba acercarse á su puerta.

Y era, como lo veremos mas adelante, formidable enemigo este alguacil; pues ademas de las condiciones anejas á su profesion, envolvía la personal circunstancia de ser el instrumento de que se servía el casero para sus ejecuciones y despojos, con que venía á parecer el alma de un propietario, encarnada, por decirlo así, en la persona de la justicia. Ahora vayan ustedes á profundizar todo el poder de un casero alguacilado, monstruosa aberracion con los ojos de acreedor y las manos de ministril.

Hartos desvelos habia ocasionado á la vieja esta terrible consideracion; pero ya que no podia evitarla, pensó como buena política en prevenir en lo posible sus efectos, y para ello siempre au-

daba, como quien dice, bailándole el agua, siempre su mes adelantado por escudo, siempre las mayores precauciones de prudencia para que él no tuviese modo de malquistarla.

No contenta con esto, ideó un plan de defensa que no hubiera desdeñado el mismo Talleyrand, y fue el formar con los demas vecinos una décuple alianza, que pudiera ofrecerla en su caso una benéfica cooperacion contra la alguacilesca enemistad.

Las simpatías naturales de la vieja reparadora y la niña reparada, se inclinaron por de pronto, como era de esperar, hácia el ingenioso químico que cobijaba en el rincon, el cual no se hizo mucho de rogar para prestar á entrambas el apoyo de su espíritu, y colocar su laboratorio bajo la tutela y proteccion de ambas deidades. Aqui tenemos ya un triángulo no menos romántico que el de los dramas modernos, es á saber: la gracia, la esperiencia y la ciencia; ó en otros términos; una muchacha, una vieja y un doctor. Y digo doctor, no porque lo fuera, ni pudiera gloriarse de poseer una de estas borlas que tan frecuentes se dan en las universidades, á trueque de algunos reales y de unos cuantos latines, sino porque estaba cursado en la ciencia de plazas y callejuelas, ciencia desdeñada por los sabios, pero que suele ser mas positiva que todas las que contienen sus libros.

El zapatero no tardó tampoco en entrar en la

confederacion, merced á algunas copillas de mosto y sus correspondientes buñuelos, ofrecidos oportunamente cuando se retiraba por las noches; y su esposa tampoco se hizo esperar gran cosa para venir de vez en cuando á escuchar los chistes de la madre, ó á recibir de manos del químico algun frasquito de elisir con que curar de las mue-las ó añadir á las mejillas un benéfico rosicler; todo lo cual, animado con la grata conversacion de tal cual caballero que por casualidad solia hallarse allí, prestaba ciertos ribetes á aquella sociedad muy propios á escitar la simpatía de la alegre ribeteadora.

El vetusto empleado ofrecia alguna mayor dificultad por lo inaccesible de su edad á los sentimientos mundanos; pero al fin era padre de cuatro chiquillos, que puesto que alborotaban toda la casa, y rompian los vidrios con la pelota, y escaldaban al gato, y quebraban las tejas, y rodaban con estrépito por la escalera, eran todavía agasajados con sendas castañas y soldados de pastaflora, que buena falta les hacia á los pobres para engañar el atraso de pagas del papá, el cual por su parte, agradecido á tantos favores recibidos en la persona de sus hijos, cerraba los ojos á lo demas del espectáculo, y achacaba justamente á su miseria aquella capitulacion con sus principios.

La pobre viuda y sus hijas eran tambien un gran obstáculo á los planes de aquella veneranda

dueña; ¡pero qué no pueden la astucia de un lado y la miseria de otro! ¡y qué la virtud, cuando tiene que disputarla á la hermosura y al amor! Estas niñas eran jóvenes y lindas, y habian sido educadas con primor en vida de papá, aprendiendo á figurar en bailes y tertulias, sin pensar que muerto aquel, habian de parar en los estantes de un Monte pio, y todo el mundo sabe que una vez empeñada pierde mucho de su valor la alhaja mas primorosa. En vano recurrieron por apelacion á las habilidades de la aguja que hasta alli habian mirado como adorno ó pasatiempo; desgraciadamente todo el trabajo de una muger, no logra al cabo del día un resultado comparable con el del mas mísero albañil. Y luego, que como eran tres á trabajar y cuatro á consumir, entrando en cuenta la mamá, resultaba un *déficit* por lo menos equivalente á la cuarta parte del presupuesto; lo que en buen romance quiere decir que si comian escasamente tres dias tenian que ayunar el cuarto, cosa ciertamente que no es facil de combinar con ninguno de los sistemas filosóficos. Añádase á esto que como jóvenes aun y amigas del bullicio y los amores, no habian podido renunciar á sus relaciones antiguas, y gustaban todavía de concurrir á las fiestas y diversiones, con lo cual habia tambien que perder mucho tiempo, y otro tanto para preparar guarniciones y prendidos en que lucir la brillantez de su imaginacion, y disminuir los rigores de su fortuna. — “¿Quién sa-

be? (decían ellas) quizás estos trapillos colocados oportunamente sirvan de reclamo á algun rico mayorazgo ó algun viejo capitalista que nos estienda su mano y nos saque de esta angustiada situacion. ¿Sería acaso por mal este inocente engaño, y seríamos nosotras las primeras que le usáramos en Madrid? — No, á fé mia, respondian todas; y sino ahí estan Fulanita y Zutanita, que cualquiera que las mire darse tono en nuestra tertulia, por fuerza las ha de tomar por escelencias, ó cuando menos señorías; pues lléveme el diablo si sus padres son otra cosa que un portero de no sé qué grande, ó un meritorio de no sé qué oficina. Y con todo eso se ven muy obsequiadas y servidas, y van á los toros en coche, y en el teatro estan abonadas en delantera... No, sino vistámonos de estameña, y acostémonos con las gallinas, y vendrán á buscarnos los novios aqui encerradas en este camaranchon. A fé que, como decia ayer la vecina madre Claudia, que Dios dijo al hombre ayúdate y te ayudaré, y el cristal engarzado en oro, parece diamante, y el diamante en un basurero, parece cristal. —

Madre Claudia sabia muy bien estas bellas disposiciones de las niñas, y no tardó en advertir que por una consecuencia natural de ellas mediaban ya relaciones *extramuros* con tres galanes fantasmas, los cuales luego que descubrieron el buen corazon de la vieja, aprovecharon su mediacion

para entablar con seguridad su triple correspondencia. Pasaron, pues, por aquellas yertas y disecadas manos, primero los billetes en papel barnizado con cantos de oro; luego las coplas de *fatalidad* y de *ataud*; mas adelante los paquetes de merengues y las sortijas de *souvenir*; las petacas de abalorio y las cadenitas de pelo; por último, pasaron los mismos galanes en persona, y pudieron reiterar de palabra sus juramentos y maldiciones, mientras mamá dormía la siesta, ó daba una vuelta al puchero.

Con que tenemos en conclusion que por estos y otros caminos, la suprema inteligencia de la vieja Claudia dominaba, por decirlo así, en toda la vecindad, si se exceptúan el alguacil y el viejo memorialista, á los que de modo alguno halló forma de reducir. Pero en cambio cultivaba sus primeras relaciones con la planta baja, esto es, con el honrado tendero y su hermosa niña, que eran para ella, como veremos, la accion principal, el verdadero interes de su argumento.

IV.

Una noche... ¡qué noche...! llovía á cántaros, y los vientos desencadenados amenazaban arrancar la miserable techumbre de la buardilla de madre Claudia; rodaban las tejas y caían á la ca-

lle con estrépito, envueltas en torrentes de agua; por los ángulos del desvan aparecían goteras interminables, cansadas, que llenaban las cofainas, los barreños, las artesas, y prometían inundar aquel miserable recinto, disolviendo su mecánico artificio; y de vez en cuando un brillante relámpago venía á iluminar todo el horror de aquella escena, y una prolongada detonacion concluía por hacerla mas terrible é imponente.

Rezaba la vieja, y pasaba de dos en dos las cuentas de su rosario, puesta de hinojos delante de una estampa de Santa Bárbara, pegada con pan mascado en el comedio de la pared. De tiempo en tiempo entreabria cuidadosa el ventanillo, por ver si serenaba la tormenta, y volvía á rezar y á darse golpes de pecho, y se asustaba de ver al gato que saltaba por las paredes, y temblaba creyendo haber oido andar en la puerta, y retrocedía al mirar su sombra viendo en ella temblar su espantable figura, á las trémulas ondulaciones del candil.

En esto un trueno horrísono estalló, y el gato dió un brinco hácia la chimenea, y cayó la luz, y todo quedó en la mas profunda oscuridad... La vieja despavorida corre á la puerta, á tiempo que esta se abre por sí misma, y al fulgor de otro relámpago se ve entrar con precaucion á un bulto negro y embozado, que alarga la mano y cierra la puerta detras de él.

¡Jesus mil veces! — grita la vieja, y cae en

el suelo sin voz ni esfuerzo para decir mas. — Nada tema usted, madre Claudia... soy yo... ¿no se acuerda usted de lo que me prometió para esta noche...? — En el nombre sea de Dios, señorito; el Señor le perdone á usía el susto que me ha dado, pues pienso que en tres semanas no me lo han de sacar del ánima. — Vaya, buena madre, álcese del suelo y encienda una luz, que nos veamos las caras, y pueda yo colgar la capa, que la traigo como sopa de rancho. — ¡Ay, señor! pero con esta noche que parece que va el cielo á juntarse con la tierra... mas cuenta que como estoy toda azorada, ni sé qué me hago, ni dónde puse la pajueta. — A bien que aqui traigo yo el fósforo y... — Alabado sea el Señor, Dios me dé luz en el alma y en el cuerpo; traiga, traiga aqui, y endiñaré el candil...; pero ¿qué es esto? ¿usía tiembla tambien...? — Y así era la verdad, que el osado mancebo al alargar la luz á la vieja, y mirar su lívida faz y desencajada, no pudo menos de hacer un movimiento de retroceso.

Encendido ya el candil, restablecida la calma, y serenado por fin el ruido de la tormenta, pudo entablarse un diálogo misterioso entre la vieja y el señorito, en que este porfiaba, y la vieja se hacia de rogar, y aquel juraba, y esta se reía, y luego sacaba aquel un bolsillo, y esta se ponía á discurrir.

— ¿Pero no ve usía, señorito, que me pide un imposible? Yo no diré que ella no le quiera á

usía, y mucho, que á mis años y á mi esperiencia no lo ha podido ocultar; pero al fin usía es usía, y ella es una pobre muchacha, hija de un tendero de bien, que se mira en ella como en las niñas de sus ojos, y aunque pobre, tambien tiene su aquel, y si él llegara á sospechar la intencion con que por usía he venido á esta casa... Dios nos libre. — Todo eso está bien, replicó el caballero, pero es lo cierto que ella me quiere, porque yo lo sé, porque ella no me lo ha disimulado, y luego tú me prometiste convencerla... — Y mucho, que varias veces la he tanteado sobre el particular; pero, amiguito, una cosa es apuntar y otra caer el gorrion; que no se ganó Zamora en una hora; y para el hierro ablandar, machacar y machacar... No sino aguarda la breva en enero y verás si cae. — Maldita seas con tus refranes y con tu eterno charlar; ¿pues no me dijiste, vieja del diablo, que esta noche...? — No es esto decirle á usía que yo no ponga de mio hasta donde se me alcance al magin, que Dios deja obrar las segundas y aun las terceras causas, y por falta de voluntad ni aun de memoria no me ha de pedir cuenta el Señor; pero nunca la pude reducir á bondad, y eso que la conté el oro y el moro, y la pinté, como quien dice, pajaritas en el aire; pero así es el mundo; para unas no basta el *só*, ni para otras el *arre*, y muchas conozco yo que no se harian tan remolonas. — No me vayas á hablar de otras, como sueles, bruja mal-

dita... Yo no he venido aquí á escuchar tus graz-
 nidos, ni por todas tus protegidas hubiera subido
 un solo escalon de esta escalera infernal... Vengo
 solo á que me cumplas tu promesa... y ya tú sa-
 bes que yo no tengo cara de que se me hagan
 en valde. — Pues á eso voy, señor: ¡cáspita! y
 qué vivos de genio son estos boquirrubios, y qué...
 — Perdona, buena Claudia, pero mi impacien-
 cia... — Despues que una se desvíve por servirlos,
 haciéndose (como quien dice) piedra de molino, pa-
 ra que ellos coman la harina. — Pero... — Ande
 usté de aqui para alli como un zarandillo, por la
 gracia del Señor, cuando á él le convenga; deje
 usté su cuarto entresuelo, que bien me estaba yo
 en él sin estos trampantojos, súbase usté á las nu-
 bes como el gavilan, y póngase desde alli en ace-
 cho de la perdiz... y todo ¿para qué...? — Tienes
 razon, Claudia, tienes razon; pero como tú me
 dijiste... — Y ya se ve que dije y no me vuelvo
 atras, que bien sé lo que me tengo que hacer,
 pero... — Mira, toma lo que llevo conmigo, y es-
 to será nada mas que principio de mi eterno agra-
 decimiento; pero por tu vida que hagas porque yo
 la vea esta noche, aqui mismo, en tu casa, y... su
 padre está de guardia, ya ves tú que mejor oca-
 sion... — ¿Y por quién sabe usía todo eso sino
 por mí? — Es verdad, dices bien, mucho tengo
 que agradecerte. — Quiera Dios que dure y que
 á lo mejor no me muestre las uñas. — No lo te-
 mas, amiga Claudia, mi protectora, mi esperanza;

hora baja, que se va haciendo tarde, y me pesan los momentos que dilate el mirarla en mi presencia. — Vaya, ya bajo, y para la subida me encomiendo á Dios; pero sobre todo, señorito, me encomiendo tambien á su prudencia y... ¡Ah! mejor será que os escondais tras de la puerta, porque el susto de veros no la incline á volver atras... — Bien, bien, como querais, madre mia.

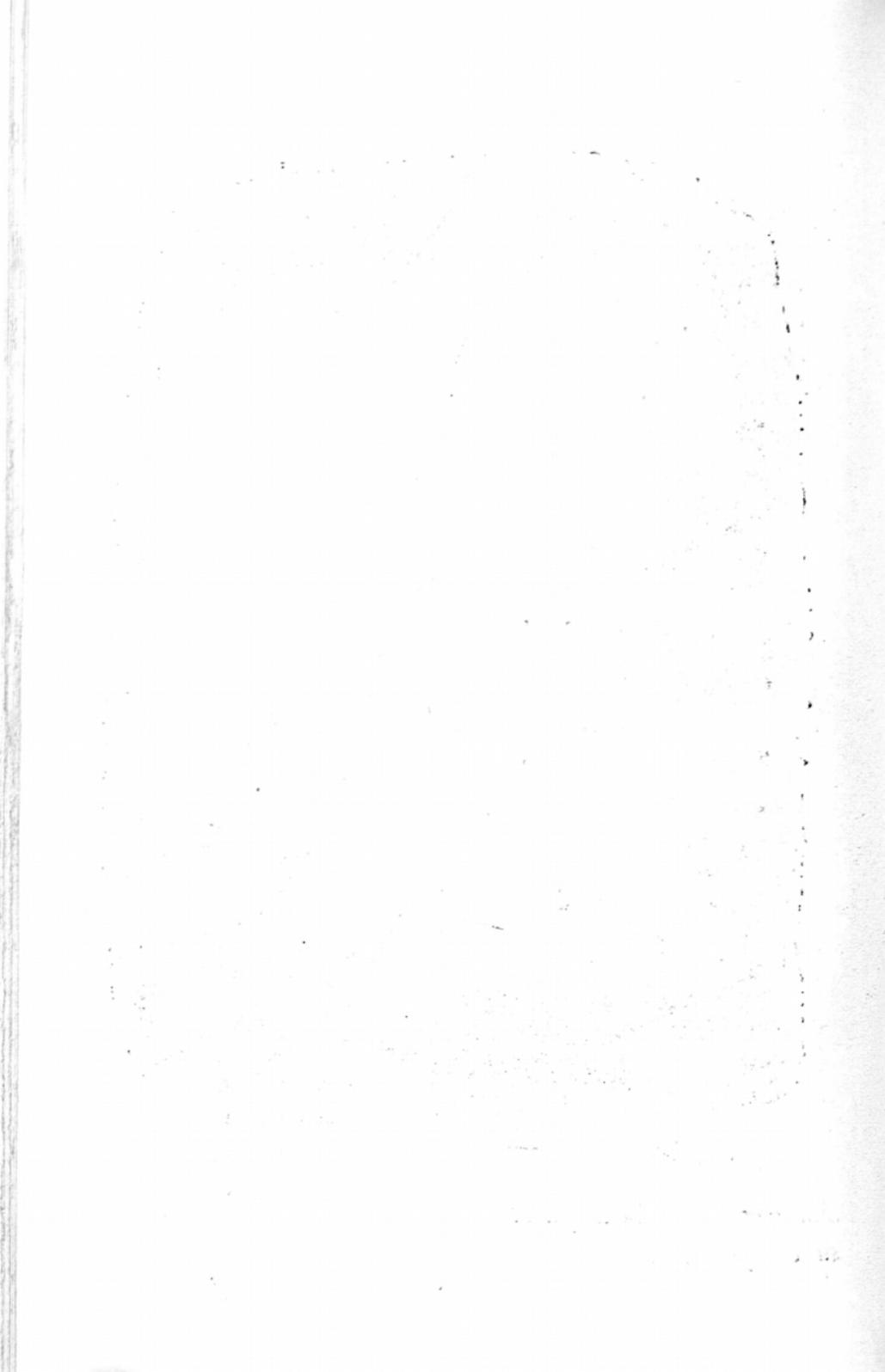
Y la vieja se santiguó, y ayudada de su cerilla comenzó á bajar pausadamente la escalera, y llegada á la tienda, entabló un diálogo, al parecer indiferente, con la inocente criatura, que, como hemos sabido, estaba sola con un hermanito de pocos años; y como se quejase de dolores en las sienes á causa de la tormenta, luego la brindó la vieja con que subiese á su buardilla, donde la pondria unos parches de alcanfor que la remediasen, con que la prometió que la habia de dar las gracias; y la inocente creyó al pie de la letra el consejo de aquel maligno reptil, y luego emprendió con ella la subida de la escalera, encargando de paso á su hermanito el cuidado de la tienda.

Llegadas que fueron arriba abre Claudia la puerta cuidando de cubrir con ella á su cómplice; vuelve entonces á cerrar, y este ya descubierto se arroja precipitado á los pies de la jóven, y la renueva con los mas vivos colores sus juramentos y sus deseos. La sorpresa y la indignacion privaron por un momento á la niña del uso de la voz; despues lanzó una mirada suplicante á la vieja,



..... abre Claudia la puerta , cuidando de cubrir con ella á
su cómplice.....

(ESCENAS DE BUARDILLA.)



la cual con su diabólica sonrisa la dió á conocer lo que podia esperar de ella; entonces aquella alma pura recobró toda la energía propia de la virtud; en vano la vieja y el galan quieren detenerla; en vano son los juramentos, las promesas, las amenazas; arráncase violentamente de sus manos, corre desalada á la puerta, hace saltar los cerrojos, y aparece en lo alto de la escalera gritando: "*favor, vecinos, favor...*"

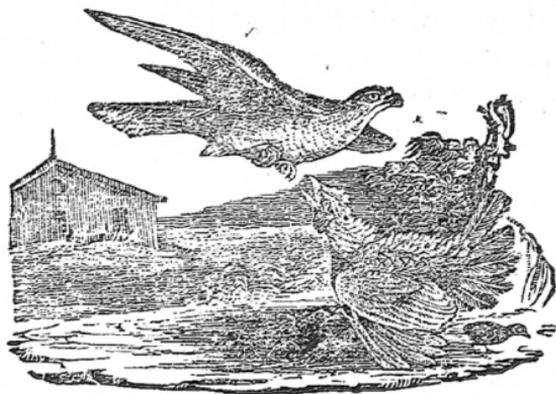
En el mismo punto se abren simultáneamente las puertas de las demas habitaciones; y mientras los mas próximos acuden á preguntar á la niña, se oye acercar un estrepitoso ruido de un hombre armado de pies á cabeza que subia los escalones cuatro á cuatro, gritando desafortadamente... — "Mi hija... mi hija... ¿quién me la ofende...?" — A esta pregunta contestan el memorialista y el alguacil trayendo de las orejas á madre Claudia hasta plantarla de rodillas á sus pies, en tanto que el galan anónimo habia tenido por conveniente escapar por el tejado... El zapatero, que subia á este tiempo la escalera en amor y compañía con la valencianita, mira escapar á su esposa de la buardilla del químico, y se enfurece de veras, sin reparar que él tambien tenia por qué callar; en tanto los chicos del cesante gritan que en el callejon de las esteras hay tres bultos escondidos que sin duda deben de ser los facciosos; y súbito el alguacil y el memorialista, y el tendero y el cesante, corren á verificar su captura, á tiempo que las

niñas de la viuda salen despavoridas gritando que no los maten, que no son los facciosos, sino sus novios, que á falta de otro sitio estaban hablando con ellas en el callejon. El químico, que desde su chiscon observaba aquel embrollado caos, no halla otro medio para poner un término á semejante escena, que reunir multitud de mixtos de salitre y plata fulminante, con que produce un estampido semejante al de un tiro de cañon, y á su horrísono impulso ruedan por la escalera todos los interlocutores de aquel drama; el tabernero con su hija, el memorialista y el cesante con los chicos, estos agarrados de la vieja, las niñas de sus galanes, el zapatero de la viuda, la ribeteadora del químico, y el alguacil de la valenciana, gritando *“favor á la justicia; dejadme á esta pecorilla que es el cuerpo del delito...”*

V.

Ocho dias eran pasados, y el alguacil, en virtud de providencia de su merced el señor alcalde del barrio, habia hecho desocupar toda la casa y colocado á la vieja en una buena reclusion; el tendero habia cerrado su almacén y caminaba con su hija hácia las montañas de Santander; las niñas de la viuda, por disposicion de esta, trabajaban entre vidrieras bajo la direccion de *Madama*

Tul Bobiné; el zapatero habia apaleado á su mujer y estaba en la carcel, y esta se habia colocado bajo la proteccion del químico; finalmente, la valencianita alquilaba un entresuelo calle de las Huertas, y al tiempo de estender el recibo daba por su fiador... al alguacil.



El teatro por fuera.



«Si hacen de mi humor desden
no tienen mas que gustallo,
mientras por tonto echo el fallo
á quien no le sepa bien.»

Iglesias.

La escena cómica, asi como la gran escena del mundo, tiene dos aspectos. Uno interior, privado, y reducido al estrecho círculo de sus sacerdotes y comensales; el otro público, exterior, y que dice relacion con la sociedad entera. Para entrar en aquel es necesario hallarse iniciado en sus misterios, y tener una parte mas ó menos directa en su accion; para conocer este, basta solo ser espectador constante, y estar dotado de una dosis regular de observacion.

El teatro *por dentro* comprende, pues, á los autores dramáticos, á los artistas, empresarios, empleados, espectáculo material, decoraciones, transformaciones, vuelos, música y acompañamiento. El teatro *por fuera* le constituye únicamente el público espectador. Puede, pues, mirarse la cuestion de ambos modos; ó bien dando la cara á la escena y fijando la vista y la imagi-